

recto en su vestido y en sus modales, no mostraba ni aun indicios de esa solemnidad teatral y casi bufesca que caracteriza á los grandes improvisados. Mandaba con naturalidad, y sin embargo, sus órdenes eran obedecidas con la misma solicitud con que obedecen las de un príncipe sus servidores. Grandes y chicos se inclinaban inconscientemente ante él, y no porque el Presidente Lerdo se valiese del alto poder de que estaba investido para convertirse en despota de quienes lo rodeaban. Al contrario, éstos reconocían su afabilidad, pero sufrían la influencia de la grandeza moral de aquel hombre, y se sentían fascinados por su genio.

La prueba de que jamás usó de su poder para satisfacer mezquinas pasiones contra quienes le hubiesen ofendido ó desagradado, es que nunca tuvo enemigos personales, como lo mostraba la seguridad con que salía á la calle, por la tarde al terminar sus tareas en Palacio, ó por la noche, para dar un corto paseo, acompañado únicamente de algún amigo, ó solo, seguido á distancia por su coche, para que pudiese montar en él luego que la fatiga lo obligara á ello. En esos solitarios paseos, que lo ponían á merced de cualquiera que hubiese querido cumplir contra él alguna venganza ó satisfacer algún resentimiento, no sufrió nunca la más leve agresión, ni á su oído llegó un insulto, ni una palabra mal sonante á él dirígida. Antes bien, el respeto más profundo le acompañaba por donde quiera que se le reconocía. Hasta en los postreros días de su vida pública se mostró ese respeto unánime del público hacia su persona, pues todavía la noche del 20 de Noviembre de 1876, la Noche Triste de la Historia del Sr. Lerdo, por que fué la última de su gobierno y la primera de su proscripción, anduvo en el jardín del Zócalo, hasta muy avanzada la noche, sin más defensa y sin más compañía que la de su viejo y fiel amigo el Gral. D. Miguel Auza, no obstante que en la ciudad se respiraba ya el humo de los cañones tuxtepecanos y que los desertores del antiguo gobierno trataban de hacer méritos para ganar el favor de los conquistadores del poder.

Triste caída fué la de ese hombre extraordinario de tan caprichoso destino!

La potencia sublime de un prodigioso talento le llevó al pináculo de la grandeza humana, y la fuerza grossera del cañón inconsciente lo precipitó desde esa altura!

Acerca de este cataclismo político sólo nos aventuramos á decir que los errores que haya cometido Lerdo y que prepararon su caída, pueden resumirse en uno sólo: haber querido gobernar á México conforme á las inspiracio-

nes políticas de fácil aplicación en un país que se encuentra en circunstancias normales, siendo así que la nación mexicana no era en su tiempo más que un campamento ocupado por soldados turbulentos, holgazanes y ambiciosos disfrazados de paisanos pacíficos.

Esas tropas indisciplinadas aprovecharon el primer pretexto que se les presentó para alzarse contra la autoridad constituida y suplantarla.

Mas detengámonos. Esos acontecimientos son de ayer, y no podemos juzgarlos aún con la filosófica frialdad que debe caracterizar las apreciaciones de la historia.

Diremos sólo para acabar de dar una idea de la gran figura que hemos tratado de delinear, cuáles fueron los actos culminantes de su gobierno.

Bajo él se terminó la campaña de Nayarit, que se había prolongado por mucho tiempo y que tuvo por epílogo la aprehensión y muerte de Lozada; la expedición de la ley de amnistía para cuantos se habían levantado contra el gobierno en tiempo de Juárez, el establecimiento del Senado, la supresión de las Hermanas de la Caridad, y uno de los más trascendentales para el afianzamiento de la libertad democrática en México: la elevación de las leyes de Reforma al rango de leyes constitucionales.

El fin del gobierno de Lerdo es bien sabido; la última racha del maligno viento revolucionario que por tanto tiempo sopló en nuestra patria, precipitó al grande hombre desde la cumbre de su grandeza y lo lanzó á morir en una playa extranjera. Allá mismo, durante la lenta agonía á que lo condenaba la ausencia de cuanto había amado con el más abnegado cariño, no dejó de honrar á su patria con los destellos radiantes de su talento y de su saber. Apagada la luz de aquella excelsa inteligencia, cerrados para siempre aquellos ojos que tanto habían visto y tanto habían adivinado, los despojos mortales del ilustre desterrado fueron devueltos á la patria, y ésta, anhelante y conmovida á la vista de aquel sarcófago sagrado, en el que se encerraban los restos de un héroe que sin llevar oropeles sobre su pecho había asombrado al mundo, mezcló sus tiernos gemidos á la voz imponente del cañón, del mismo cañón que había tronado para expulsarle y que ahora daba la señal de duelo para recibirle dignamente.

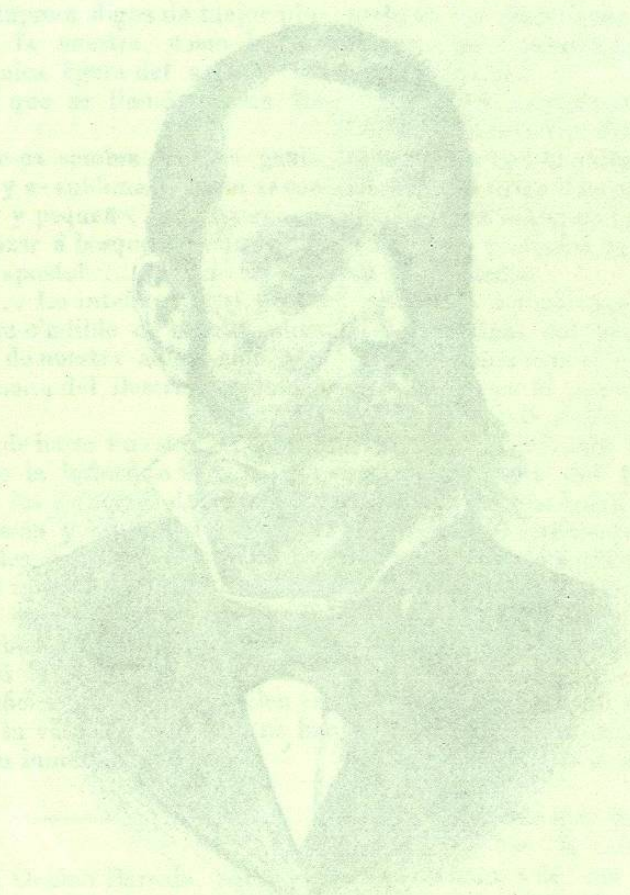
Nunca acaso se ha estremecido la patria bajo la influencia de un sentimiento dolorido tan unánime como el que mostró al recibir en su seno aquellos funébreos despojos!

Triste pero valioso tributo á la memoria del hombre á quien tanto le debía!

ENRIQUE M. DE LOS RIOS.
ANTONIO ALBARRÁN.

"Liberales Ilustres Mexicanos"

DR. GABINO BARRERA



CAPITULO VII
MEXICANOS ILUSTRES
LIBERALES